LA CIUDAD OCCIDENTAL

culturas urbanas en europa y américa

josé luis romero

lecciones y textos editados por
laura muriel horlent romero y luis alberto romero

siglo veintiuno editores

2. Culturas urbanas, reinos y mundo industrial

Voy a referirme a la trayectoria de las culturas urbanas en el mundo occidental, y en particular de las del área del Mediterráneo occidental, y a la incidencia que en esa trayectoria tuvieron la formación de los estados monárquicos, primero, y la revolución industrial, luego.

Hacia fines del siglo XV, en el ámbito del Mediterráneo occidental, hablar de "cultura urbana" era prácticamente hablar de toda la cultura. Entre mediados del siglo XIII y fines del siglo XV hubo un esplendor de las culturas urbanas, que no corresponde necesariamente al de los países a los cuales estas ciudades ya pertenecían o se integraron en los siglos siguientes. Eran culturas de elite, de pequeños grupos, de manera que este esplendor se nota en el desarrollo de cierto esteticismo y de ciertas formas muy refinadas. Esto supuso un alto grado de maduración de estas elites, que eran la espuma de las sociedades opulentas. La vida económica y social corría por debajo con un ritmo distinto al de esta época; más aún, ya estaba en crisis. Pero las grandes burguesías se beneficiaban todavía con este poder extraordinario de la ciudad, donde se concentraba y desde donde se distribuía toda la riqueza.

Estas ciudades, que alcanzaron su esplendor a fines del XIII y durante los siglos XIV y XV, empezaron a decaer y dejaron de tener la significación que habían tenido en sí mismas porque fueron absorbidas por los países. En el transcurso de este período, que va del siglo XVI al XX, las ciudades han cambiado, han dejado de ser lo que eran y han empezado a ser otra cosa. Quiero mostrar cómo se constituye esa otra cosa, cómo adquiere su fisonomía, eligiendo para ello algunos de los momentos más representativos de un proceso largo y complejo.

A lo largo de los últimos cinco siglos, las ciudades mediterráneas han vivido un proceso de lenta decadencia. Este matiz es importante, porque al ver la estupenda Génova de hoy, nadie podría decir que ha decaído. Lo que ha decaído es ese tipo peculiar de sociedad y de creación que es una cultura urbana. Las ciudades se convierten en otra cosa. Ni mejor ni peor. Muy importante; diría trascendental. Pero el tipo de creación urbana ha cambiado.

Dicho en una fórmula breve: una ciudad del siglo XIV o del XV era una comunidad urbana que vivía de sí misma, se alimentaba a sí misma y proyectaba su creación hacia el exterior. A partir del XVI la ciudad empieza a formar parte de un mundo territorial, y ya no vive solamente de sí misma, sino de todo ese vasto mundo. Esto se verá cuando hable de la segunda gran floración de las culturas urbanas, que se da especialmente en los siglos XVII y XVIII, en aquellas ciudades que llegan a ser cortes. Las cortes del XVII y del XVIII no vivían de sí mismas, sino de ese "señorío territorial", nación o principado, del cual la corte era la capital. Esta modificación de la escala de las nuevas creaciones es lo que diferencia fundamentalmente lo medieval y lo moderno.

La crisis de las ciudades del Mediterráneo occidental empezó a advertirse en el siglo XVI. Hasta ese momento, esa región era sin dudas el epicentro del mundo, el ámbito económico y político más importante. Pero entonces se producen dos procesos que provocan una transformación tan sustancial que inicia la crisis de las ciudades.

El primero es la instalación de los turcos en el Mediterráneo. En 1453 toman Constantinopla. Casi dos siglos antes, una tribu del Turquestán de religión musulmana, al servicio de los monarcas selyúcidas, había dado un golpe de estado, adueñándose del Califato. Con los turcos otomanos –como ellos prefieren llamarse– hay un reavivamiento de la guerra santa, y esto lleva a las huestes musulmanas fuera de Asia. Ocupan casi todo el Mediterráneo oriental, cruzan el viejo Helesponto –el estrecho de los Dardanelos–, el mar de Mármara, el Bósforo, entran en la península de los Balcanes, sitian Belgrado, amenazan Budapest y Viena, toman las ciudades más importantes, como Adrianópolis, ocupan Bizancio y finalmente en 1453 se apoderan de la capital del Imperio bizantino, ya

reducido a la última miseria, y se instalan en ese punto clave tanto estratégico como político del continente europeo.

A partir de ese momento el Mediterráneo oriental se transforma en un lago musulmán y el Mediterráneo occidental empieza a estar en creciente peligro. Todas las ciudades de este último vivían del comercio internacional, del comercio con Oriente, que se nutría en Antioquía, en Seleucia, en Alejandría y en los puertos de Siria. Todo ese comercio se detiene; los turcos lo recogen y deciden desarrollarlo como a ellos les conviene; pero las viejas ciudades que controlaron ese tráfico empiezan a perderlo. Era el caso de Venecia, que tenía el camino abierto hacia Oriente por sus extraordinarias vinculaciones con todos esos puertos; el de Génova; el de Aragón, que había logrado extender sus dominios hacia Oriente en la época de Roger de Flor y había logrado crear los famosos ducados de Atenas y Neopatria, en el corazón de los más importantes negocios. Todo esto se acaba.

Cuando se acaba, el Mediterráneo entra en cierta crisis. A los armadores venecianos, genoveses, catalanes, napolitanos, que tenían tanto capital acumulado, no se les ocurrió la aventura de cruzar el estrecho de Gibraltar y lanzarse al Atlántico. No se sabe bien por qué, pero no se les ocurrió. Esto se le ocurre a Castilla, un país que no había sido mediterráneo hasta mediados del siglo XIII, sino atlántico y cantábrico. Se le ocurre también a Portugal. Estos países se lanzan desde puertos que están del otro lado del Mediterráneo, desde Sevilla en el estuario del Guadalquivir, desde Cádiz, desde la provincia de Huelva, o desde las ciudades del Algarve, al sur de Portugal, o fundamentalmente desde Lisboa.

Desde esta ciudad se da la primera orden para poner en movimiento eso que suele llamarse la expansión atlántica, que empezó a principios del XV y que modificó sustancialmente el mapa del mundo. Portugal se lanza a la conquista de las islas, se apodera de las Azores y de las de Cabo Verde. Luego, los portugueses se lanzan a recorrer la costa africana y consiguen llegar, dando la vuelta al cabo de Buena Esperanza, a la fuente del comercio de las especias, inaugurando una ruta que los emancipaba de lo que era el tráfico tradicional. De allí en adelante el gran mercado de los productos de Oriente ya no será Venecia, ni Génova, ni Barcelona,

sino Lisboa, Amberes, y al cabo de poco tiempo Ámsterdam. Éste es el desplazamiento que se produce durante el siglo XVI. Entre tanto ha ocurrido el descubrimiento de América, con lo cual el cuadro de la crisis del Mediterráneo occidental queda claro.

Además de este fenómeno, entre geográfico y político, hay también otros fenómenos económicos y políticos, reveladores de que la crisis es más profunda y complicada de lo que este breve esquema permite suponer. A fines del siglo XV y principios del XVI, en el momento en que se desarrollan los procesos antes mencionados, aparecen dos grandes monarquías nacionales: la de España y la de Francia, constituida por los Reyes Católicos la primera y por Francisco I la segunda. Estas monarquías tienen desde el primer momento una concepción relativamente original, que será típica de la Edad Moderna, y que implica la idea de nación; cuando esto ocurre entra en crisis la idea de ciudad. No entra en crisis la ciudad misma, sino la idea de que es una unidad autosuficiente que se alimenta de sí misma y que se expresa por sí misma. Ésta es una transformación fundamental.

De aquí en adelante Mantua o Parma o Nápoles o Bolonia empezarán a pensar en integrarse de alguna manera. En España la integración se produce en el término de unos pocos años, entre 1479, momento en el que llegan al poder los Reyes Católicos, y los primeros años del siglo siguiente, cuando Carlos I termina de asentar su poder. En ese lapso el territorio español está unificado, excepto Portugal. Dentro de una concepción de unificación nacional que supone cierta identificación de lo nacional como geográfico, Portugal será incorporado en 1580 a la Corona española por Felipe II, aunque en 1640 vuelve a separarse.

Esta idea de que lo nacional tiene cierta estructura y lo urbano se inserta dentro de lo nacional aparece en todas partes. Es la que se desarrolla en Francia en el siglo XVII, a través de la política de Richelieu, y la que luego pone de manifiesto Luis XIV. Con las armas en la mano, y con los triunfos decisivos que le otorgan sus generales, afirma la teoría de las fronteras naturales, es decir que Francia termina en el Rin. Así, el mapa geográfico-político de toda la cuenca del Rin y del Mosa, donde tanta sangre se había vertido desde la época de los romanos, cambiaba de fisonomía.

Esta idea, que cuaja tan bien en España y Francia, no cuaja en Italia. César Borgia y Maquiavelo son los primeros que tienen una idea más clara de que hay que reconstituir lo que había sido la Italia de Augusto. La península italiana había sido etrusca, griega en el sur, samnita en la Campania, celta en el norte; había sido mil cosas. Quien construye la idea de que Italia es una unidad geográfica, política y nacional es Augusto o, si se prefiere, Virgilio, porque buena parte de la poesía de Virgilio es política y está destinada a probar esa tesis nacional en virtud de la cual el Imperio tiene su corazón en Italia.

Pero Italia como unidad no había existido nunca. César Borgia intuye que esa unidad debe lograrse, al igual que Maquiavelo. Ése es el tema de *El príncipe*: cuáles son las dotes políticas y militares que debe tener en Italia un príncipe italiano, para actuar como lo habían hecho Luis XI en Francia o Fernando el Católico en España, para resolver todos los problemas de tradición feudal, de localismo y de regionalismos, y constituir una nación. Pero Italia no lo consiguió, y se transformó en botín de guerra; durante todo el siglo XVI, en las guerras de Italia, España y Francia compiten por su posesión. Hay alternativas diversas y una sola organización más o menos duradera: el virreinato de Nápoles, tal como lo constituye en su última fase Fernando el Católico y que va a durar prácticamente hasta la época de Napoleón y aun un poco más.

En ese momento el mapa geopolítico se altera en el mundo, porque se cierra el Mediterráneo por culpa de los turcos, se redescubren las rutas que circundan África hacia el este y se descubre América. En el momento en que pasa todo esto, hay una transformación en la concepción política de Europa. Aparece la idea de nación, y la idea de ciudad empieza a parecer un poco provinciana. Las culturas urbanas, incluso la de París, empiezan a verse solamente como urbanas.

La coyuntura del siglo XVI modifica mucho la situación. Desde entonces las ciudades estarán enclavadas en estados territoriales o aspirarán a estarlo, o bien serán pequeñas ínsulas, como lo fue la república de Venecia durante tanto tiempo –hasta que Napoleón la destruyó–, o pequeños señoríos o pequeñas repúblicas.

El potencial de la fuerza que se vuelca en la balanza cuando llega el momento de disputar la hegemonía no es nunca el de una ciudad. ¿Qué podían hacer Génova o Venecia frente al poderío del imperio español o del imperio portugués? Las ciudades se convierten en entes que giran alrededor de estas nuevas potencias. No es casualidad que los grandes jefes españoles sean genoveses, como Ambrosio Spinola, el que recibe las llaves en el cuadro de Velázquez *La rendición de Breda*, que era de una antigua familia genovesa. Es lo que hizo Colón, como tantos otros: alguno de los Boccanegra, Andrea Doria. Casi todas las grandes figuras que se destacaban en cada una de las viejas ciudades y en algunas zonas que habían sido previamente el foco del mundo entran en la esfera española o en la portuguesa.

Tenemos el caso de los Medici, que perdieron la señoría florentina en 1494, pero volvieron a Florencia en 1512 para ser los duques de Toscana. Los Medici vivían en el *palazzo* Pitti, se enorgullecían de tener los jardines de Boboli y tenían una corte suntuosa, pero eran siervos de España, eran hombres puestos a dedo, primero por el emperador Carlos V y después por los reyes de España. Nunca fueron otra cosa los duques de Toscana; como tampoco los duques de Parma, títeres manejados por las grandes potencias que tenían un poderío económico y militar frente al cual las viejas ciudades no contaban para nada.

Las ciudades no desaparecieron, aunque muchas se precipitaron en una lenta decadencia, como el caso de muchas de las españolas del Mediterráneo. Hay florecimientos, como la Sevilla del siglo XVI o XVII. Esa Sevilla que constituye buena parte del fondo de la obra de Lope de Vega, esa Sevilla vital y vigorosa que está flotando en la novela picaresca, es el fruto de esta nueva situación. Otras ciudades, como las del Mediterráneo, languidecen, unas más lentamente que otras. De esta languidez se salvan solamente aquellas que pasan a ser sedes de cortes, principescas o reales.

LAS CIUDADES, LOS REINOS Y LAS CORTES

En los siglos XVI y XVII hay una transformación fundamental de la sociedad, que se manifiesta en la aparición de la idea de nación, en la creciente significación que tiene lo territorial frente a lo urbano y en lo que se llama la refeudalización, un fenómeno político y económico fundamental en la historia de la Edad Moderna. En estos siglos el mecanismo de la producción vuelve a dar batalla contra el de la intermediación. Éste había sido la gloria de los burgueses en los siglos XIV y XV; eran los que compraban y vendían y, en consecuencia, los que sometían a los productores. Pero de pronto los productores –todos grandes latifundistas y nobles– reivindican para sí el dominio del estado. Desde el control de la producción saltan hacia el control del gobierno en esas nuevas monarquías nacionales poderosísimas, como las de Francia y España, y se transforman en los amos de la situación.

En ese salto los productores someten a toda esta organización urbana. La intermediación pasa a ser manejada a su modo; por ejemplo, se sientan las bases del sistema mercantilista, lo que conocemos en el ámbito hispánico con el nombre de monopolio, manejado por el estado. Las burguesías, que habían hecho la gloria de las ciudades de los siglos XIV y XV, son las que resultan quebradas por este poder monopólico. La burguesía catalana, por ejemplo, la que había construido el Palacio Real de Barcelona, entró en crisis con la aparición de una teoría mercantilista en la cual la economía es regulada por el estado. En el estado monárquico, la burguesía entra como amanuense, pero el manejo político vuelve a estar en las manos de los grandes señores propietarios, que constituyen la corte y están alrededor de Carlos V o de Francisco I, de Felipe II o de Felipe IV. A ese mundo de paniaguados con blasones que manejan el estado, don Francisco de Quevedo y Villegas hace una crítica tremenda en la *Epístola satírica y censoria*. Si en España Carlos V y Felipe II eran gobernantes de cierto vuelo, Felipe III, Felipe IV y Carlos II eran desastrosos. Lo mismo ocurre con los reyes franceses de la segunda mitad del siglo XVI, en la época de las guerras de religión, aunque a principios del siglo XVII hay un renacimiento con Enrique IV, que se empalma

con la política cada vez más firme de Richelieu primero –un rey al fin, aunque no era rey– y Luis XIV después.

Esta refeudalización crea un nuevo mundo económico y político, y las ciudades tratan de acomodarse en una situación de crisis. Las burguesías dejaron de ser autónomas. Lucharon desesperadamente por recuperar su autonomía, y en algunos casos dieron una batalla frontal. La revolución catalana de 1640 fue un intento de recuperar posiciones, como también lo fue la revolución napolitana de 1647, la famosa revolución de Masaniello contra los españoles. La revolución de Palermo el mismo año, la de los hermanos D'Alessi, fue también un movimiento contra la monarquía española promovido por las burguesías urbanas que querían recuperar algunas cosas y no podían.

En otros casos las burguesías son más hábiles y tratan de introducirse en la corte y seducir al monarca. Esto es lo que hace la burguesía francesa con Colbert, un hijo de banqueros que seduce al rey a fuerza de trabajo y tenacidad, y le consigue todos los millones que necesitaba para destruir a la clase feudal, llevando a Versalles a los señores para que se divirtieran y no se ocuparan de los asuntos de sus respectivas regiones. Con todo esto consigue que la burguesía tenga cierto papel, aunque no un papel político, porque Colbert hará en última instancia lo que Luis XIV quiera. Pero Colbert hace mucho, porque Luis XIV necesitaba dinero. Organiza la Compañía de Indias Occidentales y la de Indias Orientales, dos organizaciones monopólicas en las que se abre un resquicio a las burguesías urbanas, que ya veían que todo se les escapaba de las manos.

En España nada de esto ocurre en el siglo XVI o en el XVII. Hay que esperar a los Borbones. Uno de sus primeros intentos es el de la famosa Compañía Guipuzcoana, que recibe el derecho de explotar el cacao de Venezuela. No hay muchas más, porque la burguesía española era particularmente débil, en especial aquella que protegía la Corona, e incluso los Borbones, que nunca apoyaron a las de la parte de Levante, como Barcelona, por razones de afinidad política o de desconfianza.

En el seno de este mundo que se territorializaba y se señorializaba, las ciudades que brillaron fueron las cortes; las que se transformaron en residencia de los señores y sobre todo de los reyes.

Todas éstas alcanzaron un brillo particular, como el de París en el siglo XVII, antes de que la corte se desplazara hacia Versalles. Es el brillo del París de Enrique IV, ejemplificado en la Place des Vosges, esa hermosa plaza que está en el Marais, o la Place Vendôme, que fueron el epicentro de la época de Luis XIII. Era el París que crecía y agregaba las Tullerías al viejo palacio del Louvre; el París brillante del siglo XVI y del XVII, que se transformaba en una especie de espejo del mundo. En Madrid, Aranjuez quiere ser de algún modo una imitación de Versalles, pero el Palacio de Oriente –como se le decía– era un monumento tan suntuoso como el de cualquier otra capital, al igual que su corte. La corte que Antonio Guevara denostaba en *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*; la que despreciaba fray Luis de León; la corte de la que habla esa famosa epístola anónima: "Fabio, las esperanzas cortesanas prisiones son, do el ambicioso muere y donde al más activo nacen canas". Esa corte llena de intrigas era típica de una sociedad que progresaba, como lo prueba la novela picaresca, o las *Novelas ejemplares* de Cervantes o *El Buscón* de Quevedo. Éste era un mundo en el que la ciudad adquiría una nueva fisonomía.

No era una comunidad creadora, como había sido la comunidad del siglo XIV y del XV; era más bien un lugar un poco cosmopolita, donde había mucha gente, donde la interacción de lo distinto era mucho más importante que la expresión de lo peculiar. Cuando Florencia elabora una imagen de lo que es la ciudad, del alma de la ciudad, todo esto se nutre de sí. Lo hace a través de Boccaccio y de Petrarca, de Piero della Francesca y Botticelli, de Poliziano y de los *Cantos carnavalescos* de Lorenzo de Medici.

El Madrid de la novela picaresca –la corte de Felipe III o Felipe IV– es una ciudad que no vive de sí. La ciudad-corte es un mundillo donde llega y se asienta gente de todas partes. El pintor de la corte del siglo XVII era Velázquez, un sevillano. A veces, con el esfuerzo mancomunado de todos, algunas de esas cortes llegaron a tener alguna significación. Pero cuando se hace el examen de todas en conjunto, lo que predomina es cierto carácter cosmopolita, internacional.

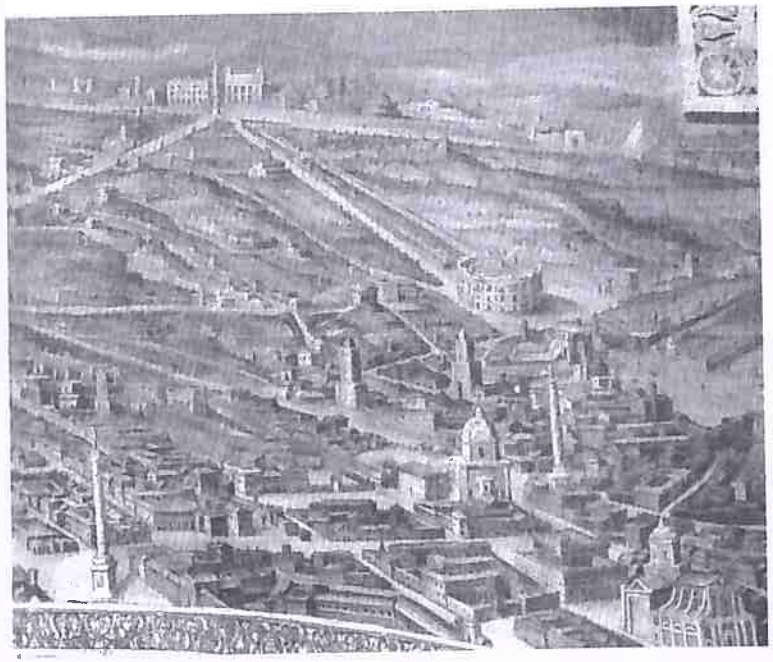
Esto ocurre, por ejemplo, en el ducado de Parma en la época de los Farnesio, o en la Roma papal, tanto la del siglo XVI, la de

León X o Julio II, como la del siglo XVII, la del papa Barberini, Urbano VIII. Éste modifica toda la estructura de la ciudad romana. Hace la *piazza* Barberini, la *piazza* Spagna, la Trinità dei Monti y así le da a Roma esa grandiosidad que nunca había conocido. Porque Roma era un tugurio en el siglo XV y a principios del XVI, y lo siguió siendo durante bastante tiempo, a pesar de todo este planeamiento barroco que hacen los papas. El arquitecto de Urbano VIII era Bernini, que llena de fuentes a Roma, hace la famosa Fuente de los Cuatro Ríos en la *piazza* Navona, frente a la que su rival, Borromini, había construido aquella iglesia de la que, según dicen, se burla una de las estatuas de la fuente.

Toda esa grandeza barroca de la corte papal era la de un *carrefour*, un lugar donde se encuentra la gente que viene de todos lados; y esto se hizo costumbre. Bernini fue invitado a París para que remodelara y completara el palacio del Louvre, aunque no gustó su estilo italiano porque Francia estaba apuntando ya a cierta variante neoclásica más o menos precoz. Pero todas las cortes funcionaban de ese modo: la de Florencia de los Medici, que tenía su sede en el *palazzo* Pitti, rodeada por los jardines de Boboli, donde se estrenó la primera *Euridice*, la de Jacopo Peri y Giulio Caccini, en 1600, con motivo de las bodas de Enrique IV con María de Medici. Esa suntuosidad que caracteriza a esta corte era algo muy distinto de lo que había sido la vieja ciudad medieval, que permitía la expresión de una comunidad cerrada que se maceraba.

Del mismo tipo fue la corte de Nápoles durante toda la época de los Borbones. También fue una corte musical, la de Scarlatti y Cimarosa, constituida totalmente por gente de letras, políticos y hombres de estudio que le daban a esta monarquía extranjera, a este virreinato español, un aire muy singular. Porque aquél fue el lugar donde se produjo el fracasado experimento de fusión de dos culturas, típico de las cortes barrocas.

Todas las cortes barrocas conocieron una cultura de las clases superiores y otra de las clases populares; todas conocieron una sociedad con una abismal separación entre los grupos cortesanos de altísimo nivel y la cultura de clase media y popular. La corte del Castello en Nápoles no tenía nada que ver con la vida apretada de



Plan de Roma de Sixto V, 1585, detalle de un fresco de la Biblioteca Vaticana.

la baja Nápoles medieval. Era algo muy diferente, porque la sociedad barroca era una sociedad escindida. Una de las cosas que la caracterizan es la coexistencia de dos sociedades y, también, de dos ciudades. Para esta época empezaron a construirse, al lado de las viejas ciudades medievales, los primeros barrios señoriales que correspondían a las clases altas, especialmente en las cortes. Éste es el momento en que empieza a extenderse Nápoles hacia el mar y a crear esa parte señorial que luego sube a la colina.

Parecería que en la nueva disposición del urbanismo se reflejaba esta peculiar situación de la sociedad enfrentada en dos grupos totalmente distintos que –no sólo en Nápoles– tenían dos culturas. Una era de corte, española, y otra popular, italiana. La cultura de elite era española o bien italiana de alto nivel. Era la de

Scarlatti o Cimarosa, pero no la de la *tarantella.* La *tarantella,* que empieza a circular por esos años, es una danza popular de Tarento –de tradición griega– que se transforma en la expresión popular más característica, junto con la *canzonetta.* Como la danza, la canción napolitana tiene una viejísima tradición, cuyos orígenes se remontan por lo menos hasta el siglo XII, con una absoluta continuidad, como creaciones totalmente populares, tan populares, tan espontáneas y tan ricas como el lenguaje popular napolitano.

Pero la corte de Nápoles ignoraba esto, así como la de París ignoraba los bajos fondos. La de París estaba en el Louvre o en el Marais, que era en realidad la zona de los pantanos, y se desplazó luego hacia la Place Royale, hoy llamada Place des Vosges. Ignoraba, o mejor dicho procuraba eludir, el París popular del siglo XVI o del XVII, la Corte de los Milagros enclavada en la orilla derecha del Sena, un barrio demolido por Luis XIV y terminado de barrer en la época de Napoleón III, por obra del barón Haussmann. Ése es el París popular, que recoge Victor Hugo en *Nôtre Dame de Paris;* un París que circula en la literatura pero que la corte ignora. Esto es el producto o la manifestación de la escisión de las dos sociedades y las dos culturas.

En lugares como Nápoles, donde gobernaba una monarquía extranjera, la clase alta tenía una cultura española con elementos de cultura italiana elevada. Pero en los lugares donde no había dos culturas con diferencia de origen, también se produjo la escisión. En Francia apareció la literatura cortesana, que incluye, por ejemplo, a los grandes trágicos como Corneille y Racine, representantes de una cultura universal. Pero por debajo hay mucha creación espontánea; una cultura popular que apenas se manifiesta en el siglo XVII, pero que a principios del siglo XVIII empieza a adquirir formas estéticas que luego recoge el teatro de Beaumarchais y sobre todo la literatura del romanticismo.

Las cortes fueron siempre expresión de esta peculiar situación abismática que se crea en el siglo XVI y en el XVII: una sociedad cuya escisión se manifiesta tanto en la coexistencia de dos culturas –una cortesana y otra popular– como de dos ciudades, que algunas veces son la alta y la baja, otras la antigua y la nueva, y otras la rica y la pobre. Recuerden cómo empieza Crispín su famoso prólogo en *Los intereses creados,* de Jacinto Benavente: "Dos ciudades hay, quisiera el cielo que en la mejor hayamos dado". Esta escisión de las ciudades duró casi hasta el siglo XIX, o más exactamente hasta que se empezaron a sentir en estos lugares los impactos de la revolución industrial.

LAS CIUDADES Y EL MUNDO INDUSTRIAL

En el medio está la Revolución Francesa y sobre todo Napoleón. Él suprime en Italia la República veneciana y la República genovesa; crea estados nuevos como la República Ligur o la República Cisalpina, y provoca en Nápoles en 1799 una revolución que crea la República Partenopea, tomando el nombre de la vieja colonia griega. La conmoción es tremenda y el saldo es la liquidación de toda la vieja aristocracia. Muchas de las grandes familias ya habían entrado previamente en una tremenda decadencia. Tal es el caso de los Medici, que se extinguen lánguidamente a principios del siglo XVIII. O el de las grandes familias venecianas, como los Mocenigo, los Barbaro y los Faliero; estos grandes representantes del patriciado veneciano, esos que habían cerrado el Libro de Oro a fines del siglo XIII, empiezan a vender a buen precio durante el XVII el derecho de incorporarse a ese libro, como una manera de salir de esta creciente declinación a la que estas clases se encuentran entregadas. Este sacudón político, vinculado con Napoleón, no hizo más que liquidar las situaciones que se extinguían por sí solas. Como tantas condiciones históricas, perduraban por inercia, y a alguien le tocó el papel de barrer con ellas: Napoleón lo hizo.

También impulsó una especie de renovación de las sociedades, en las que aparecieron nuevas apetencias políticas. Surgieron los grupos liberales –que en España se llamaban los *afrancesados*–, los grupos carbonarios, los mazzinianos, que predicaban la necesidad de crear la Nueva Italia. Todos eran movimientos políticos para una sociedad que desde el siglo XVII languidecía económica-

mente, y siguió haciéndolo durante buena parte del XIX. Porque había que esperar los impactos de la revolución industrial para que eso se modificara.

Donde primero ocurre es en el norte de Italia, cuando Massimo d'Azeglio primero y Cavour después instauran un nuevo orden económico, que es el orden de la revolución industrial con fuerte influencia inglesa. Se trata de una especie de respuesta a la competencia política entre Austria, por una parte –todavía bastante poderosa–, y la Francia de Napoleón III, por la otra. Situado en medio de eso, Cavour intenta el primer ensayo de una transformación industrial.

Estamos en la década de 1850 –las dos grandes batallas que se dan contra Austria en territorio italiano, Magenta y Solferino, son de 1859–, y es el momento clave en Italia y en todas partes. Por ejemplo, es el momento del Ensanche en Barcelona. No es una casualidad: de pronto empiezan a caer todas las murallas. En algunas ciudades había murallas del siglo XIII –en algunas las hay todavía, como en Ávila y en Lugo o en Italia– pero todas las que empezaron a cambiar su sistema de producción al promediar el siglo XIX, o mejor dicho a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, lo primero que hicieron fue tirar sus murallas, porque comenzaron a ser por primera vez centros de producción.

Esto es lo trascendental del mundo industrial. Hasta la revolución industrial, vale decir, hasta fines del siglo XVIII y principios del XIX, la producción era rural; todo lo que se producía salía del campo o de las minas, y lo que hacía la ciudad era una pequeña artesanía y la gran operación de la intermediación, de comprar y vender. De pronto, la revolución industrial pone un foco de producción dentro de la ciudad, que es la fábrica. La ciudad deja de ser un centro de lo que los economistas llaman sectores terciarios; ahora es un centro de producción industrial y con ello cambia inmediatamente. El sistema de la producción da lugar a un proletariado industrial, que hace su aparición muy pocos años después, en las décadas del sesenta, del setenta o del ochenta, según los países y los lugares. En el norte de Italia estos cambios son importantes ya para los años sesenta o setenta, mientras que en el sur no lo fueron durante todo el siglo XIX y apenas lo son en el XX –y diría

yo que tampoco ahora lo son–. En España también varía mucho según las regiones.

Donde este fenómeno empieza a producirse, la ciudad cambia de fisonomía. Escapa de la tutela territorial o señorial, en la que había caído en los siglos XVI, XVII y XVIII, y aparece la ciudad industrial. Al principio decía que la ciudad fue autónoma entre los siglos XIII y XV porque la intermediación era más importante que la producción, y por eso aparecían las grandes burguesías urbanas. Cuando surgen las concepciones territoriales y nacionales, el panorama cambia. Los grandes terratenientes –que integraban la nobleza– se apoderan del poder político nacional, someten a esas burguesías intermediarias y fijan desde el poder la política mercantilista, es decir, una política económica orientada por el poder político. La revolución industrial modifica la fisonomía de la ciudad, que vuelve a alimentarse de sí misma y a ser autónoma. A fines del siglo XVIII esto apenas se nota en Manchester o en Birmingham; a mediados del siglo XIX se nota en algunos puntos del área del Mediterráneo occidental. Pero en la segunda mitad del siglo XIX, y a lo largo de todo el XX, este fenómeno es manifiesto.

Algunas ciudades tienen un desarrollo precoz y muy notable, como Milán, Turín o Barcelona. Poco a poco empiezan a aparecer otras, y en todas se observa este fenómeno de recuperación de su fisonomía con independencia del contorno. La ciudad vuelve a tener una fisonomía peculiar. Hoy no es una sorpresa para nadie que las grandes metrópolis –aunque incluyan este corazón industrial que se les ha injertado– conserven su fisonomía irreductible. Estados Unidos no es Nueva York, ni Nueva York es Estados Unidos. Nueva York es Nueva York, y no se confunde ni con Nueva Jersey ni con Connecticut. ¿Y Milán? Lo que voy a decir es una herejía: Milán casi no es Italia; Milán es Milán. Esto empieza a pasar y se nota; en mayor o menor escala, pero se nota.

La recuperación del Mediterráneo occidental se hace posible después del proceso de industrialización, y las culturas urbanas se hacen nuevamente posibles sólo a partir de este momento, porque aparecen ciertas cosas que sólo tienen sentido en una ciudad. ¿Tienen sentido el *art nouveau* o Gaudí en algún lugar que no sea

la ciudad? ¿Puede no ser urbana la arquitectura del hierro, de la que es expresión la Torre Eiffel?

No quiero entrar en el tema de la influencia que tiene la industria en el arte contemporáneo, pero creo que si se piensa en las variantes que van de la plástica figurativa a la no figurativa, o al arte abstracto o a un Miró, se advierte que la presencia de lo industrial es inequívoca. Es evidente que la cultura contemporánea está empezando a insinuarse fundamentalmente como urbana, localizada en su ciudad, con caracteres irreductibles, tal como fue la cultura urbana del siglo XIV y del XV. No se podría entender la creación de Verona viéndola desde Padua, ni se podría entender la creación de Nápoles vista desde Palermo. Tampoco es lo mismo Boston que Nueva York. Ese carácter irreductible, configurado a partir de grandes constantes, vuelve a aparecer en el mundo industrial.

Las culturas urbanas han adquirido en el Mediterráneo occidental, muy lentamente, un carácter que podemos detectar porque vemos el proceso un siglo antes, y en muchos casos un siglo y medio o dos siglos antes, y además porque hay regiones del Mediterráneo occidental donde no ha empezado aún. También el Mediterráneo occidental tiene ya metrópolis y ciudades de masas, con lo cual ha insinuado que está introduciéndose en este mundo complejo y ligeramente incomprensible –que es el nuestro–, cuya única clave para ser entendido está en la transformación que introduce la revolución industrial. A partir de ese momento, ese mundo que había empezado a quedar un poco opaco después de la toma de Constantinopla puede volver a adquirir tanto brillo como cualquier otro. Las posibilidades de desarrollo industrial son equivalentes en todas partes y el Mediterráneo occidental tiene la ventaja de que puede reivindicar todo lo que significa su tradición desde la época en que Rufo Festo Avieno escribió la *Oda marítima* y describió la grandeza de esas pequeñas ciudades, de esas pequeñas colonias de las que estaba sembrada toda la costa y donde la conjunción de las más viejas culturas había creado un espectáculo nuevo del que nació lo que hoy llamamos la cultura occidental.

3. Estudiar la ciudad occidental

Me propongo en este curso intentar un análisis de tres procesos de desarrollo urbano. Se referirá, fundamentalmente, a las estructuras urbanas y a las formas de mentalidad y de vida; pero atenderá también a la ciudad misma, como creación material, como marco de cierto tipo de coexistencia y como expresión de cambios socioculturales.

EL CAMINO DE UN HISTORIADOR

Debo confesar que este tipo de enfoque no me ha sido sugerido originariamente –ni, finalmente, me ha cautivado– por obra de la abundante bibliografía que, desde fines del siglo pasado, existe acerca de la vida urbana, tanto desde el punto de vista del antropogeógrafo como del sociólogo, del historiador o del urbanista. Mi interés apasionado por ese tema proviene del primer impacto que me provocaron las viejas ciudades europeas cuando las descubrí, la primera vez que viajé a ese continente en 1935. Este hecho no carece para mí de importancia, porque explica el tipo de análisis comparativo que me propongo iniciar hoy.

Para un argentino –que venía de una ciudad populosa y europeizante como Buenos Aires, fundada en el siglo XVI pero impregnada de las influencias de la inmigración europea de la segunda mitad del XIX–, la ciudad europea, y especialmente la que conserva de manera visible su fisonomía medieval, debía imponerse como un hecho nuevo, distinto. Podría señalar algunas: Toledo, Ávila, Poitiers, Arlés, Laon, Brujas, Núremberg, Florencia,